



Constancio C. Vigil

Los embozados

¿Listos? —pregunta una voz.

—Listos —responde otra.

—¡En marcha! —exclaman varias voces a la vez. Quienes así hablan son cinco caballeros, embozados en amplia capa española que los cubre enteramente de la cabeza a los pies.

Apenas han empezado a caminar, vacilan y se detienen.

Uno de ellos, conocido por el apodo de El Mirón, dice:

—No puedo seguir de guía mientras no alumbre la Luna. La oscuridad es muy grande y no veo nada.

Otro de ellos, al que llaman El Escucha, propone que Perro de Caza marche al frente para guiarlos.

—Tampoco yo puedo orientarlos —observa este—. A mí me parece que el más indicado es Fríocaliente.

Aprobada esta idea, Fríocaliente ocupa la delantera, con los brazos tendidos, para avanzar sin peligro de estrellarse contra algo.

—¡Atención! —grita El Escucha—. Ladra un perro.

Se detienen, y después de un momento dice El Escucha:

—No hay peligro. Ese perro no puede atacarnos.

—Eso lo sabría yo si pudiera verlo; pero tú: ¿cómo puedes asegurarlo? —dice El Mirón.

—Porque ladra siempre a la misma distancia, lo que prueba que está atado. Continúan andando.

—¡Cuidado! —previene Fríocaliente—. Atravesamos una masa de agua. Yo iré por donde el agua no pase del tobillo. Seguidme en fila. El que se aparte, puede ahogarse.

Cruzan el agua y salen a campo firme.

Perro de Caza anuncia:

—Llegamos a un jardín. Hay rosas, alelís, azucenas. El aire está deliciosamente embalsamado.

—Es verdad lo que dices —afirma El Mirón.

—¿Ahora ves, entonces?

—Algo veo, —responde— pues apareció la Luna. Estamos, en efecto, en un jardín.

—Puesto que ves, —dice Fríocaliente— pasa adelante y caminaremos más ligero y con mayor seguridad.

—Soy de parecer —dice El Mirón— que nos quedemos aquí. Nada más agradable que contemplar la hermosura de las flores.

—Lo bueno de las flores —dice Perro de Caza— es su fragancia. No existe nada en este mundo que cause tanto deleite.

—Lo mejor —afirma Fríocaliente— es la suavidad de sus pétalos. Parecen de seda, parecen de raso.

—Para mí no hay aquí cosa que valga —protesta El Escucha.

El Mirón le aconseja:

—Espera a que llegue el día y te alegrarán los pajarillos con sus cantos.

—¡Lindo programa! —exclama Tragaldabas—. ¡Flores y pajarillos!

Perro de caza se siente muy a gusto y dice:

—¡Repito que aquí se respira un aire delicioso! ¡Quedémonos para siempre en este sitio!

—Allá arriba —dice El Mirón— existe algo que ustedes no pueden apreciar: ¡el cielo lleno de estrellas refulgentes!

—¡Basta ya de cosas raras! —afirma Tragaldabas—. Nada de eso sirve para comer, y sin comer no se puede vivir.

Tanto insiste y protesta Tragaldabas, que reanudan la marcha. Se pone él adelante. Camina tan ligero, que apenas pueden seguirlo los otros cuatro. De repente, da un grito y cae. Es que se ha dado un golpe terrible en la cabeza.

Cuando acaban su dolor y sus lamentos, Fríocaliente le dice:

—Eso te sucede por meterte a guía.

Luego el mismo Fríocaliente se adelanta, palpa aquello en que se ha golpeado Tragaldabas, que nadie sabe lo que es, y añade:

—Has dado contra un árbol. Su tronco es grueso, áspero y duro.

Continúa en sus exploraciones e informa al grupo que se hallan en medio de una arboleda.

—Ya me lo suponía —dice El Escucha—. por los ruiditos de las hojas. Si

hubiera viento fuerte sabría yo que hay ramas y hojas antes que todos ustedes.

—¿Hay siquiera frutas para comer en estos árboles?— pregunta Tragaldabas.

Perro de Caza, después de oler en todas direcciones, exclama:

—Fruta no hay, pero ya viene el día. El aire es cada vez más puro, más rico y más penetrante. ¡Guíanos, Fríocaliente, guíanos hasta el campo libre!

Así lo hace Fríocaliente y, al salir de la espesura, El Mirón exclama:

—¡Veo! ¡Veo...! ¡Se acaban las tinieblas!

—¡Cantan los gallos! —añade El Escucha.

—La brisa matinal es deliciosa —agrega Perro de Caza.

—Se ve más cada vez —observa El Escucha—. Se distinguen los árboles, el césped, una montaña allá a lo lejos. Nunca es tan bella la naturaleza como en esta hora sublime en que espera al Sol.

—Los pájaros le anticipan su saludo —informa El Escucha.

—¿Qué más se ve? —pregunta el Tragaldabas.

—Veo una casa —contesta El Mirón—. De su chimenea sale humo.

—Vamos allá —dice Tragaldabas—. Ese humo significa que hay fuego encendido.

Avanzan.

Perro de Caza exclama:

—¡Este olor nos promete algo apetitoso!

El Mirón mira por la ventana hacia el interior y afirma:

—No hay nadie en la cocina.

Entran, y dice Perro de caza a Tragaldabas.

—Come.

Tragaldabas contesta:

—Bien sabes que necesito primero tu consejo. Huele y dime si es bueno para mí.

—Si —responde, después de oler, Perro de Caza—. Es un manjar muy rico.

—Toca tú, ahora —dice Tragaldabas, dirigiéndose a Fríocaliente.

Fríocaliente explora y advierte:

—¡Cuidado! ¡Está caliente!

—Reconozco —manifiesta El Escucha —que Fríocaliente es el más útil de nosotros, pues nos salva de los mayores peligros. Él es quien al tocar un objeto sabe si es duro o blando, sólido o líquido, áspero o liso, si está frío o quema.

—Agradezco tu elogio —contesta Fríocaliente—. Pero los cinco somos necesarios.

—¡Atención! —grita El Escucha—. Oigo voces. ¡Alguien viene!

—¡Huyamos! —grita Perro de Caza.

—Seguidme —ordena El Mirón.

Y enfilan hacia la puerta de salida.

Rápidamente se alejan de aquel sitio y en precipitada marcha llegan a su domicilio.

Se quitan el embozo y aparecen en su verdadero aspecto. Los cinco embozados son los cinco sentidos.

Luego, en un niño dormido ocupan su sitio, y se disponen a cumplir su obligación cuando el niño despierte.

Este cuento —decía el viejo labrador al terminarlo— nos enseña la inmensa utilidad de los sentidos y nos advierte cuánto debemos cuidarlos.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

